

lada, que se dixo de susso, debaxo de la cubierta, que se avian puesto para enderesçar la nao: las quales, como estaban cerca de donde el fuego ardia, las desfondaron, é assi como las rompieron vertióse el agua toda dellas sobre el fuego, é matóle, ó á lo menos la mayor parte dél. De forma que tovieron lugar é tiempo de sacar más agua de la mar é acabar de matar el fuego, é assi escaparon de un peligro tan señalado é de muerte tan cruel como el que lee puede muy bien congeturar.

Grande es la misericordia de Dios, que permitió que la nao hiçiesse cóstado é tuviesse neççessidad de ponerle más carga de la una parte, é que fuesse la que convenia para matar el fuego despues: lo qual acaesçe pocas veçes, porque no se suele enmendar aquello con poner pipas de agua, sino con mudar las áncoras gruessas y el artilleria é caxas é otras cosas de la carga é ponerlo por contrapeso en la parte que la nao muestra que le falta la carga; é assi las suelen tornar á poner en andana é igualdad, quando por el camino ó viaje se descompassan. É quiso Dios que aquestos hiçiesen aquella enmienda del navio con pipas de agua, como aquel que sabia en qué peligro se avian de ver, porque segund yo oy decir desde á pocos dias al mesmo maestre é á otras personas que se hallaron en este trabaxo fuera imposible escapar, si aquellas pipas de agua no tuvieran tan á la mano.

Entró despues en salvamento esta nao en el puerto é rio de aquesta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española vierne en la tarde, que se contaron diez y nueve de septiembre del mesmo año, desde á ocho ó diez dias despues que avia acaesçido lo que dicho. E desde á pocos dias, aviendo tomado refresco é agua é leña é lo que más le convino, siguió su camino para la Nueva España, á donde yba fletada.

En esta nao yba é se halló una muger de bien, llamada Catalina Sanchez, que yo tuve en mi casa todo el tiempo que estuvo aquella nao: la qual, como testigo de vista, contó el caso, é aun decia más que en aquel tiempo quel fuego en la nao andaba eran muchos los gritos é clamores de los pasajeros, é con tantas lágrimas é devoçion como se puede é debe creer; é que dos personas de los que allí yban afirmaban aver visto á Nuestra Señora de Guadalupe en aquel mayor peligro é trabaxo en que estaban, é que assi pensaban é creyeron que se avian salvado por su medio. Y en verdad que aunque esta muger nunca dixo si era ella alguna destas personas, antes lo negaba diciendo que no era ella digna de tanto bien como ver á la Madre de Dios, que no me maravillaria que oviesse seydo ella una de aquellas devotas personas; porque és muger de bien é cathólica chripstiana, y es ya de más de çinquenta años.

CAPITULO VIII.

De tres naos que escaparon miraglosamente con toda la gente dellas, estando dosçientas leguas ó más en la mar, é aportaron al puerto de Plata en esta Isla Española.

Muchas veçes he oydo á hombres de la mar é á otras personas de crédito que han navegado é halládose en naufragios é grandes tormentas, que han oydo voçes como humanas hablar en el ayre en los tiempos que más peligro tenían, é han visto cosas espantables é demonios. É á este propóssito diré lo que pasó muy pocos dias ha, de que hay muchos testigos en aquesta isla, é aun algunos veçinos desta cibdad, en espeçial Martin de Vergara, alguaçil mayor por el almirante don Luys Colom, é Chripstóbal Perez, carçelero de la cárçel real desta cibdad, que yban á España é se hallaron pressentes en este trabaxo: lo qual pasó desta manera.

En el mes de agosto, año de mill é quinientos é treynta é tres, salió del puerto desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española una nao, cargada de açúcares é cueros de vacas é de cañafistola é con oro é otras cosas para yr á España; y en el camino cerca desta isla el maestre della, llamado Sanct Johan de Ermua, adolesçió, é dióle tanta priessa su enfermedad, que la nao arribó por su respecto á la isla de la Mona, que está entre aquella isla é la de Sanct Johan á quarenta leguas desta cibdad. É allí murió el dicho maestre, el qual enterrado, la nao prosiguió su camino; é cómo se avia allí detenido, ovo lugar de la alcançar otra nao que salió despues deste puerto de Sancto Domingo, de que era maestre un piloto llamado Carreño. Esta segunda nao yba assimesmo cargada de muchas caxas de açúcar é cueros é cañafistola é oro, é yba muy rica; y en esta nao yban los que he nombrado de susso.

É á cabo de muchos dias que navegaban, que eran ya más de quarenta, é quando á esta cibdad llegó la nueva de su desventura, é que se pensaba questas naos estarian ya en España, arribaron perdidas é destroçadas á la villa de Puerto de Plata en esta isla, que de la banda del Norte, quebrados los másteles y entenas, é aviendo alijado la mitad ó más de la carga que llevaban y echádola á la mar.

Esta tormenta les tomó dia de las once mill Virgines, que á veynte é un dias del mes de octubre, é turóles tres dias con dos noches. Viéronse muchas veçes debaxo de las ondas de la mar anegados; é llamando á Nuestro Señor é á su gloriosa Madre, pareçia que del profundo de las aguas subian para arriba, é como aquellos pecadores decian: «¡Oh, Madre de Dios, Virgen Maria!» é con lágrimas é grand atención pedian su socorro, oyeron en el ayre decir: «¿Qué la quereys? ¿Qué la quereys?» É assi replicarlo algunas veçes á los demonios, los quales afirman sin dubda aver algunos visto. Á la qual gloriosa Señora plugo, á pesar de los adverssarios diablos, de socorrer esta miserable gente en tanta agonía é trabaxo puesta. É assi, acabados los tres dias, é quassi roncós de las voçes é clamores, é traspasados é quebrantados del mucho trabaxo, fueron de Dios é de su sacratíssima Madre oydos, é çessó aquel mal temporal. Pero, como se dixo de susso, aviendo echado á la mar más de tresçientas caxas de açúcar, que á lo menos ninguna lleva de doçe arrobos abaxo, é más de mill cueros de vacas, é muchas pipas de cañafistola; y

es opinion que la ropa é mercaderias que echaron á la mar valian más de diez mill ducados. É assi muy fatigados, é porque las naos no podian navegar é volvan abiertas de la grand tormenta, é hacian tanta agua que apenas la podian extraer con las bombas, é vaciando de dia é de noche sin descansar momento, é quassi el agua era ya invencible, plugo á Dios que miraculosamente llegaron al puerto de Plata, é la gente salió salva é libre é no poco espantada; é de la carga que quedaba, que no echaron á la mar, la mayor parte della quedó quemada é podrida de se aver bañado tantos dias. Con estas dos naos se avia juntado otra en la mar, que yba de la Nueva España cargada de toçinos: ques otra cosa nueva é para se notar, porque no há quinze años que ningun puerco avia de los de España, é de los que passaron destas islas se han hecho tantos é tan grandes hatos é innumerables monteses, que ya las naos cargan de los toçinos. Assi que, esta nao yba con esta carga, é llevaba çinquenta mill castellanos, é los veynte mill dellos para Su Magestad, segund estotras dos naos dieron notiçia, que lo avian sabido de otra terçera, con quien avian avido habla; pero como estotras se tornaron por la raçon ques dicho, quedóse prosiguiendo su camino (la que yba de la Nueva España) en la mar. Pero no lo pudo continuar por el mesmo temporal; é assi despues un sábado, veynte é dos dias de noviembre del mesmo año, aportó al puerto desta cibdad de Sancto Domingo estotra terçera nao, perdidas las gaviás é otros aparejos é muy destrozada; pero salió en salvamento, loores á Nuestro Señor. De la qual era maestro un Johan Sanchez de Figueroa, al qual yo hablé despues en esta cibdad, é me dixo el ex-

tremado peligro, en que se avian visto. De manera quel diablo no quiere solamente trabaxar á la gente de la tierra; pues que me parece que tambien navega é va á molestar las naos é navegantes: del qual sean librados todos los chripstianos.

Pero para que los que no han navegado sepan questo no es cosa nueva á nuestro comun adversario, diré en el siguiente capítulo otro caso no de menor peligro; y en quel maldito Lucifer no puso menos diligencia que en lo que tengo aqui dicho, para que los cathólicos vean quán acordada debe estar en sus coraçones continuamente la Madre de Dios.

Lo mesmo que he dicho destas tres naos me contó assimesmo en esta cibdad el proprio maestro Carreño, cuya era una destas tres naos, hombre de bien é de crédito; é fué el que más perdió en este naufragio. É por tanto no pongo más testigos ni auctores en este caso, porque es muy público, assi á los que lo vieron como á los veçinos desta cibdad particulares, cuyas eran aquellas caxas de açúcar é mercaderias, que yban en estas dos naos.

La devoçion prinçipal é socorro questi tovieron no es menester más repetir-la, ni acordar al lector, sino que quando llamaban á la Madre de Dios, respondia el diablo: «¿Qué la quereys? ¿Qué la quereys?» Por çierto neçia respuesta, pues sabia él lo que la querian los pecadores, que en tanta neçessidad é agonía la llamaban, é con tanta confiança de su poder é clemencia: no era aquello sino para turbar é desacordarlos de pedir tan çierto é infalible socorro, como hallan los que de coraçon la aman é sirven, é como le hallaron estos chripstianos en la Madre de Dios.

CAPITULO IX.

De la caravela que llamaron de las Taviras por el caso maravilloso que aqui será contado que obró Dios é su gloriosa Madre por estas mugeres é otras personas que en este naufragio se hallaron.

El año de mill é quinientos é diez y nueve partió una caravela de la cibdad é puerto de Sancta Maria del Antigua del Darien, ques en la Tierra-Firme en el golpho de Urabá, en la gobernaçion de Castilla del Oro, para venir á estas islas. É atravessando este golpho, dióle muy grand tormenta, é forçosamente corrió la vuelta de la isla Fernandina ó de Cuba, é muchas veçes se vieron sorbidos de las ondas de la mar, é quassi anegados, é otras tantas la Madre de Dios los sacó de debaxo del agua. Á la qual, con muchas lágrimas é devoçion, todos los que allí yban se encomendaban con grandes voçes é gemidos, como personas que tan cerca se vian de la muerte.

En esta caravela yban dos mugeres, que se llamaban las Taviras, é otras personas; pero destas en espeçial, segund los que allí se hallaron dixeron, fueron muchas sus lágrimas, é de todos generalmente. É vieron diablos muy fieros y espantables puestos á la proa é popa de la nao, é oyeron en el ayre que decía uno dellos:—«Tuerçe la via»; como que debiera otro tal estar sobre el timon é gobernalte, dando estorbo á la salvaçion de aquella gente para que se anegassen. El qual respondió:—«No puedo». É desde á poco oyeron otra voz que decía:—«Échala á fondo; anégala». Respondió otra voz, diciendo:—«No puedo, no puedo». É tornó á replicar el que parecia que mandaba:—«¿Por qué no puedes?» É aquella maldita voz dixo:—«No puedo, que va aqui la de Guadalupe».

Estonçes fué tan grande el alharido é lágrimas de todos aquellos pecadores chripstianos, llamando á Nuestra Señora

de Guadalupe y encomendándose á ella, que pareció que abrian el ayre é llegaban al çielo sus clamores. É assi fué ello; porque en aquel passo yba el navio ya muy cerca de tierra, ó junto á ella, pensando todos que se avia de haçer mill pedaços en aquella costa brava, é vino una ola muy sin comparaçion alta é mayor que las otras, é por encima de los roquedos de la costa brava levantó la caravela é la echó en tierra más de çient passos fuera del agua, sin que persona de todos los que en el navio estaban peligrasse ni muriesse. É assi miraculosamente los libró Dios á interçession de su gloriosa Madre del peligro de la mar é del diablo.

Y en esto aveys de saber otro misterio: que en la mesma caravela yba un hombre, que venia de Tierra-Firme con la demanda de la limosna de Nuestra Señora de Guadalupe, el qual yo ví é conoscoí allá. É por esto tal juzgareys los misterios é particulares é muy señalados miraculos de Nuestra Señora de Guadalupe: á la qual se votaron los más que yban en aquel navio. É á aquel çuestor é á las mugeres llamadas las Taviras conoscoí yo; é aqui en esta cibdad de Sancto Domingo está el liçenciado Alonso Çuaço, ques uno de los oydores que Su Magestad tiene en su Real Audiencia, que se halló á la saçon gobernando él la mesma isla de Cuba, que diçe aver oydo lo ques dicho á aquellas mugeres é al çuestor é á otros muchos que en este naufragio é tormenta se hallaron y escaparon en aquella isla de la forma que aqui es escripto, despues de les aver la tormenta rompido los árboles y entenas, é averles hecho alijar y echar á la mar la mayor parte de quan-

to en el navio traian, é viniendo abierto é haciendo tanta agua, que la mayor parte dél yba anegada. É afirmaban que vian venir unos pescados como grandes toñinas ó delphines, é assian con los dientes de las çintas de la caravela, que son aquellas tablas con que se cubren las costuras ó junturas de los navios, é las despegaban é arrincaban, é por allí les entraba tanta agua que no se podian valer; ni fuera posible salvarse sino miraculosamente é con el favor de la Madre de Dios.

Intulé este naufragio ó capítulo nono de la caravela de las Taviras, porque aunque el navio no era suyo, estas dos mugeres eran hermanas, é los que allí se hallaron loaban mucho sus lágrimas é devoçion, é decian todos é creian que avian seydo mucha parte con Dios é con Nuestra Señora para el socorro divino, que se les dió para que se salvassen. De lo qual se ha de nótar cómo tiene Dios cuydado de oyr é amparar los pecado-

res, é que no mira á las culpas é pecados nuestros; porque aunque estas mugeres no eran tenidas en tanta estima que pensassen antes desto que de su devoçion avia de resultar parte destas mercedes que Dios les hiço, como su manjar es coraçones, y él mejor que nadie los conoce y entiende cuál es el justo ó el más pecador, todos los que allí se hallaron los loaban, é pensaban aver seydo como he dicho oydas de Dios é de su gloriosa Madre, para los escapar de tan señalado trance é peligro. É assi paresçia que cada qual traia en el coraçon escripto una afirmativa afiçion é obligaçion á estas mugeres, para les ser siempre en cargo.

Ver la caravela dónde quedó fuera é tan apartada del agua, é tales roquedos entrela é la mar, era pues otra cosa de mucha admiraçion, é que sin misterio é poder de Dios era imposible salir ella del agua por aquella parte, sino por la mano de aquel á quien no hay nada imposible.

CAPITULO X.

Cómo el liçenciado Alonso Çuaço se perdió en las islas de los Alacranes con una caravela en que yban hasta çinquenta é cinco ó sessenta personas, de las quales miraculosamente escaparon con él diez é siete; é de muchas cosas que en este viaje é naufragio aconteçieron: el qual capítulo, por quitar cansaçion á los que le leyeren, terná treynta é nueve párrafos ó partes.

I. En el libro quarto y en el segundo capítulo dél, en la primera parte desta *Historia natural de Indias*, escribí cómo el liçenciado Alonso Çuaço vino á esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española por juez, desde á poco tiempo que los padres Hierónimos vinieron á gobernar á estas partes, y cómo por no aver querido volver los indios, que se quitaron á los cavalleros açeptos al Rey Cathólico, se le siguieron muchos disfavores. Qué-dame agora de decir en este último libro una peregrinacion é naufragio que se le siguió, porque á mi paresçer es una

de las mayores novedades y expiriencia de trabaxos más extremada que se puede aver oydo ni visto: ni aun en las novelas de los fabulosos griegos no está escripta semejante cosa, ni todas las metáforas del Ovidio en sus *Metamorphoseos* no son igual comparacion, sabida la verdad de la historia ó alegoria, con qué quiso dar á entender debaxo de velámen lo que, hablando á la llana, no oviera de qué se pudiera algun cuerdo ó prudente maravillar, como se maravillarán quantos oyeren aquesto que aqui se puede ver escripto. Porque en la verdad assi es

ello maravilla, é de las muy grandes que suele Dios haçer por quien le ama, é con entera voluntad á él se encomienda. Y para que mejor se entienda, tomaré de principio el discurso desta historia, porque se vea la causa que movió á este cavallero para su navegacion, de que tan incomportables é no oydas fatigas se le siguieron, por el buen çelo con que se movió á tal camino. É assi creo yo que por ser en esta parte sancta é justa su intencion, le libró Dios muchas vezes de la muerte, ó no de la comun, sino de muchas maneras de morir apartadas é no oydas. Y digo assi:

II. Notorio es que desde el año de mill é quinientos é diez y ocho estaba Hernando Cortés en la Nueva España; é tambien es notorio cómo el adelantado Francisco de Garay, estando por gobernador de la isla de Jamáyca, fué proveydo de la gobernacion é capitania general de la província que llaman de Panuco, en la qual cae el rio de las Palmas, ques junto á la Nueva España, ó parte della. El qual partió de aquella isla de Jamáyca, que tambien se llama isla de Sanctiago, con una muy hermosa é buena armada é compaña de naos é caravelas, acompañado de cavalleros é hidalgos é gente muy luçida, para se yr á su gobernacion, el año de mill é quinientos é veynte y tres: é hiçose á la vela dia de Sanct Johan, á veynte é quatro de junio de aquel año, é aportó á la isla de Cuba, por otro nombre llamada la Fernandina, á un hermoso puerto della que se dice la Xagua, ques çerca de la villa de la Trinidad, adonde ovo nueva que Hernando Cortés avia ya enviado á poblar aquella província de Panuco, donde Francisco de Garay yba á poblar con su flota.

En este mesmo tiempo el liçenciado Alonso Çuaço estaba en la cibdad de Sanctiago de la mesma isla Fernandina, donde antes avia seydo gobernador, é

lo era ya en este tiempo que digo el adelantado Diego Velazquez, que primero avia tenido el mesmo cargo.

Cómo Francisco de Garay supo esto, conosciendo que para entrar en su gobernacion de Panuco, que estava ya por Hernando Cortés poblada é ocupada la tierra, y que no podria ser sin algun revés ó mucha contradiccion aprehender él la posesion (puesto que llevaba bastantes poderes é provisiones reales del Emperador, nuestro señor), paresçióle que seria mejor guiar su negocio por algunos medios, que no venir á rompimiento é muertes de muchas gentes, en que Dios, Nuestro Señor, é Su Magestad fuesen deservidos. Y para esto no hallaba él en estas partes otra persona más açepta á Hernando Cortés, é al mesmo Francisco de Garay, quel liçenciado Alonso Çuaço, é que como çeloso del servicio de Su Magestad é como letrado, mejores medios supiesse dar entre los dos para que la contienda çessasse, y el rompimiento é guerra se excusasse, á lo menos hasta en tanto que de todo ello Su Magestad fuese çertificado, y mandasse proveer lo que más fuese de su servicio.

Con esta deliberacion é acuerdo despachó un correo, desde aquel puerto de Xagua, donde estava con su armada, para la cibdad de Sanctiago, al liçenciado Çuaço: el qual, vistas sus cartas é consultado sobrellas con el adelantado Diego Velazquez, á quien assimesmo escribió el adelantado Francisco de Garay, é á otros amigos del liçenciado, para que procurassen con todas sus fuerças cómo el liçenciado no dexasse de haçer este camino para entender en lo ques dicho é ponerlos en paz, con todas sus fuerças é solitud que fuese posible, como se requería en cosa que tanto importaba al servicio de Dios é de Su Magestad. É como el paresçer de todos fué (sin alguna discrepançia) que luego el liçenciado se debía par-